

inclementes en los últimos tiempos, y ha conservado el primer puesto entre las gentes que por temor á incurrir en impropiedad no llamaré latinas, pero que ni son eslavas ni sajonas.

Hay una misma Inglaterra para la mayoría de los españoles; es decir, hay de Inglaterra una idea uniforme, ó más exactamente, dos ideas contrarias uniformes, determinadas por los modos de pensar en el terreno social, moral, filosófico y mundano. Para unos es un país admirable y que debe imitarse incondicionalmente; para otros, un país tedioso, hipócrita y rapaz, del cual sólo puede venirnos aburrimiento y pérdidas de territorio. No sucede esto con Francia. Su *idea* es compleja; en la admiración que puede tributársele, entran más restricciones; en las censuras que se le dirijan, mayor suma de indulgencia, sin acritud. Y es que con Francia estamos identificados, y la vemos con la visión complicada y varia que brota directa de la realidad, la cual desde lejos parece una y de cerca se matiza con infinitos tonos, se quiebra en miles de líneas y adopta innúmeras y ricas formas. Es que Francia tiene para cada cual su imán ó su agujón, é interesa hasta á los que de ella dicen pestes, á esos severos españoles de ocasión, que reniegan de la influencia parisiense en todo—verificándose así lo que dice un notable escritor argentino, Carlos Octavio Bunge, en su última obra, que el odio ó la contraposición entre pueblos es también lazo, y lazo acaso más fuerte que el amor.—En efecto, la cólera de España contra Francia, provocada por la invasión, las diatribas y homilias contra todo lo francés, lejos de aislarnos, nos han unido. Lo que discutimos existe..., lo que condenamos existe..., y no es una de las ironías menos delicadas del destino humano que afirmemos por medio de la negación y nos compenentremos íntimamente con lo mismo que maldecimos.

* *

Para el gobernante español, Francia es el problema de Marruecos; para el monárquico, una República estable que mirar de reojo; para el republicano, una República que presentar como ejemplo; para el socialista, un país donde hay ministros socialistas, que practican hasta donde pueden lo que profesan; para el artista, la Meca del arte contemporáneo, adonde debieran ir en peregrinación, y no á Roma, los que empiezan á iniciarse; para el escritor, el pensador, el intelectual, el foco de las tendencias nuevas, el manantial de los grandes ríos, el campo de batalla de las encontradas escuelas, el horno donde se caldea el pensamiento; para el fabricante, el negociante, el vendedor, el industrial, objeto de estudio y base de operaciones; para el *sportman*, fecundo vivero de novedades; para el periodista, templo del género; para la coqueta, arsenal de sus armas, pertrechos y municiones; para el enfermo, esperanza de alivio; para los que se casan, el lugar donde se ferian los equipos elegantes; para el gastrónomo, el lugar donde se ha refinado la sensación del paladar y perfeccionado la cocina; para el botánico, el floricultor, la tierra donde se crían las flores más extrañas y preciosas y las frutas más exquisitas; y en fin, hasta para los devotos, para el comercio de objetos de piedad, es Francia quien surte de modelos el mercado; por eso sería curioso demostrar cómo las cosas más tradicionales no son las menos sometidas á la insensible é inevitable ley de la moda, «deidad voluble», decían hace unos treinta años, pero que no es voluble en no moverse de su santuario de París—ese París laborioso, activo, amable, siempre ansioso de repartirse y entregarse á los demás pueblos y gentes del mundo.

Francia es todo esto, y algo más todavía, porque es la constante maestra y guía de nuestra desorientada mentalidad, sin fuerza para abrirse rumbos suyos, genuinos. Por eso he dicho que, no á la personalidad de Loubet, sino á la nación que transitoriamente rige, hay que atribuir el entusiasmo, cuando menos la curiosidad benévola y ansiosa por esta visita despertada.

* *

De Francia y de París también; de su influjo omnilateral en las nuevas costumbres que van consolidándose, procede el fasto, suntuosidad y buen gusto con que hoy se engalanan los cementerios urbanos, á imitación del famoso y antiguo Père Lachaise, que está rodeado de tiendas, barracas y almacenes atados de objetos cuyo destino es demostrar que se acuerdan de los muertos los vivos, que les consagran incesante y nostálgica memoria. Al ver tanta corona de siempre vivas amarillas y morados pensamientos; tanta cinta ancha de rica seda, con inscrip-

ciones en altas letras de oro; tanta lápida de labrado mármol ó pulido bronce; tanta variedad de panteones y cenotafios góticos, románicos, neogriegos, ¡hasta modernistas!..., tanto busto, tanta estatua, tanto cuadro encristalado, tanto arbusto, tanto césped, tanta flor..., me ocurre dudar si es ahora más profunda la añoranza por los seres queridos, que en los tiempos en que se les tributaba únicamente el sufragio de las misas y las oraciones...

¿Quién podrá aquilatar esto? ¿Quién será capaz de averiguar á punto fijo si entra en el culto de los muertos más la vanidad y amor propio, ó rutinario instinto de seguir los usos generales, que ternura y pena por los que se han ido? Probablemente cada lápida guarda una historia; muchos mausoleos una ironía; infinitas inscripciones una mentira, y algunas coronas un contrasentido extraño. Este moderno culto de los muertos implica un progreso en las costumbres, sin embargo; los cementerios bien cuidados y floridos consuelan de la eterna soledad de los difuntos, antes abandonados entre jaramagos, ortigas y malvas, como están todavía en los cementerios rurales, que producen una impresión melancólica, tal vez más genuinamente fúnebre y, cuando la naturaleza quiere, cuando viste de verdor intenso los matorrales y hace brotar flores á millares en el suelo, acaso más poética.

Lo positivo de esta consagración de los mortales despojos, es que, como todas las complicaciones y extensiones del lujo, sirve para que mucha gente se gane el pan. Múltiples industrias han adquirido vuelo con tal motivo. Arquitectos, floristas, escultores, jardineros, bronceístas, faroleros, hallan lo necesario en este ramo de lo superfluo. Superfluo, sí, al menos así lo cree el pueblo, que no se explica tanta riqueza invertida en amueblarles la casa á los que ya ni sienten ni padecen... Se lo he oído á una vejezuela, la víspera de un día de Difuntos, en el campo santo: «¡Tanto adorno, tanto adorno en las sepulturas! A los muertos no les importa el adorno...» Y después, en voz rencorosa, añadió la vejezuela: «De vivos andarían con muy buena ropa y en sus buenas viviendas... Y luego querrán ir al cielo...» No pude menos de fijarme en cómo vestía la anciana. Una chambrá desteñida y rota, un pañuelo de punto lleno de agujeros atado al talle, una falda muy usada, de lanilla, un delantal sucio, unos zapatos que no ajustaban al pie, zapatos de hombre, probablemente despojos de su borracho de marido... Y luego consideré que era un día de noviembre de los más agrios y cortantes, y el cierzo del Norte nos estremecía como un soplo extramundano, á aquella hora misteriosa y doliente de la puesta de sol cercana... La vejezuela encontraba que su perra suerte no tenía otra compensación posible sino irse al cielo, gozar del cielo á cambio del mucho frío, del doble frío de las carnes desabrigradas y amaratadas y el estómago flaco, sin nutrición bastante para darle calor de vida...

Y me puse á pensar en la probable biografía de aquella vejezuela, que no encontraba aquí la clave de los dolores y los sufrimientos humanos. Sin duda en su juventud había labrado la tierra, trabajado en la Fábrica de cigarros, hasta que la maternidad frecuente deformó su cuerpo, las lactancias debilitaron su organismo, las privaciones lo minaron, y vino la miseria, y vino el hospital. Y al salir del hospital, ya envejecida, los hijos se colocaron, ó emigraron, se atendieron á sí mismos, no volvieron á auxiliar á su madre; fué preciso volver al remo, sin fuerzas ni salud para que dé lo preciso para vivir; en vez del alimento se impuso el aguardiente; la labor era la de «asistente», que tiene todos los inconvenientes y ninguna de las relativas seguridades y ventajas de la domesticidad: los achaques interrumpieron frecuentemente el trabajo, y un día, aquel espíritu limitado, de mujer tosca y ya desechada, de barrera social, se planteó el terrible problema de nuestros destinos, se preguntó por qué había sido engendrada, por qué había venido al mundo, para sacar en limpio que hay cielo, que tiene que haber cielo, y que los maltratados, los humillados, los miserables, serían razón suficiente de que lo hubiese, á no existir ninguna otra...

* *

Y allá se quedaba el cementerio iluminado, florido, lleno de coronas rozagantes, de gente de buen humor que había merendado..., y allí se quedaba también la vieja, filosofando sobre el coste de las lápidas, de la cera, de los mármoles sepulcrales, de las rejas doradas y de los faroles encendidos, para deducir su profesión de fe: los que aquí sufren... serán consolados arriba.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La actualidad es francesa; la actualidad es, no ese agradable señor de sonrisa amena y de inteligente fisonomía, que ha venido á pagar visita á nuestro jefe del Estado, sino el Estado que representa el jefe huésped y visitador de la corte española. La personalidad de Loubet, que no es de las más prominentes, queda eclipsada, y siempre quedaría, por la grande, simpática y universal personalidad de la nación á cuyo frente se halla.

* *

Cada español tiene su *Francia*; á cada uno de nosotros nos importa «la nación vecina» por un concepto especial. Y nótese: Francia es acaso la única nación europea que en España les interesa por igual á las mujeres y á los hombres. (Todavía se me figura que les preocupa más á las primeras que á los últimos.) En vano ha querido Londres, y mucho más en vano Berlín, y sin el menor fruto Viena, desbarcar á ese fascinador París, meter la hoz en su campo—en su jardín diríamos más exactamente.—La moda inglesa será muy distinguida, muy *ultrachic*, no cabe duda, pero su influencia está circunscrita á aspectos de la vida que aquí sólo con carácter excepcional se presentan. Trajes, rudas y correctas prendas de abrigo, originales sombreros, cinturones, bolsas, calzado fuerte, impermeables, veletes, suits, guantes respunteados y sólidos paraguas..., todo el arreo inglés riñe con la estatura, las proporciones, los hábitos, los gustos verdaderos, íntimos, de la mujer española. Inglaterra es demasiado caracterizada, demasiado personal, para cultivar, en los productos de sus industrias suntuarias, esa complacencia, esa adaptación al capricho y hasta á la rutina de los otros, de los compradores, que son el triunfo del comercio exportador francés. Toda prenda procedente de Londres nos manda, con imperio, que nos sometamos á una civilización y á unos usos ajenos á nuestro modo de ser.

Francia, en cambio, sabe halagar, sonreír, y su sonrisa es su victoria. Sabe también estudiar los lados flacos de su universal clientela, y de su conocimiento del corazón y los sentidos, de las pretensiones y las ridiculeces, de sus dotes de psicóloga, pende, en gran parte, la seguridad de su hegemonía en infinidad de conceptos.

Y es que, aun tratándose de frivolidades, de naderías, el espíritu de cada pueblo se revela incesantemente, como se revelan las antiguas civilizaciones y edades en el cuño de una moneda ó en los amuletos de un collar; y el espíritu francés, comunicativo y humano, abierto y propagandista, por tales condiciones ha resistido y se ha sobrepuesto á las fatalidades y vicisitudes de la historia, para él duras é